

La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo estén siempre con todos vosotros.

Estas palabras de San Pablo nos recuerdan una oración de reconocimiento, adoración y alabanza, que rezamos con frecuencia haciéndonos la señal de la cruz: en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Son un acto de fe, de alabanza y adoración a Dios en el misterio de la Santísima Trinidad. Este domingo celebramos esta realidad de un Dios que se nos ha revelado en la Trinidad de personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Las lecturas de hoy nos lo señalan de una manera muy bella: la primera nos hace ver a Dios Padre como ***Señor, Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad.*** ¡Qué maravilla! Un Dios que es tan Padre, que siempre perdona: “nunca se cansa de perdonar”, nos recuerda el Papa, somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón, de volver a Dios, siempre que haga falta, con ese remedio formidable del sacramento de la confesión. Pero ***Dios está como un Padre amoroso –a cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos–, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo... y perdonando.*** Seguro que recordarás estas palabras de San Josemaría al hablarnos del gran amor que Dios Padre nos tiene.

Y mira lo que nos dice Jesús en el Evangelio que hoy leemos:

Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna.

Jesús, el Hijo de Dios, es una muestra más del amor de Dios hacia nosotros: se encarnó, es decir se hizo uno como nosotros, tomó nuestra carne humana, y dio su vida por nosotros. Este hecho maravilloso es lo que hemos recordado estos días de Cuaresma y de Pascua pasados: Jesús, por amor a nosotros, se entregó y dio su vida para salvarnos, para que pudiéramos vivir la vida de hijos de Dios, para hacernos buenos, y para tener en Él un ejemplo de vida.

Por eso es tan importante conocer, tratar, enamorarnos de Jesús y procurar ser como Él. Y esa es la tarea del Espíritu Santo en nuestros corazones: es el Santificador, como recordábamos la semana pasada el día de Pentecostés.

Ya ves que hemos repasado el sentido de esa oración: ***en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.*** Dios Uno y Trino. Un solo Dios y tres Personas divinas distintas a las que podemos tratar, acudir como el mismo Dios. Y siempre con confianza, con cercanía: como el mejor de nuestros amigos, como el Amor más grande al que merece la pena amar y fiarse de Él. Como el Ser que siempre nos sostiene y piensa en nosotros. Por eso nos decía San Josemaría, con gran fuerza -que era consecuencia de su propia experiencia-:

Es preciso convencerse de que Dios está junto a nosotros de continuo. –Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado.

Y en otra ocasión:

¡Solo! –No estás solo. Te hacemos mucha compañía desde lejos. – Además..., asentado en tu alma en gracia, el Espíritu Santo –Dios contigo– va dando tono sobrenatural a todos tu pensamientos, deseos y obras.

Qué bueno es que tú y yo nos decidamos a tener esa vida sobrenatural, esa vida interior, esa vida espiritual de trato con Dios, con naturalidad, a lo largo del día: cuando nos levantamos y ofrecemos las obras, cuando estudiamos, cuando estamos con la familia o con los amigos, en la diversión y en algún momento de dolor... Todo nos ha de servir para tratar con cercanía, sabiendo que nos ve, que nos escucha que nos atiende y nos entiende, a ese Dios que nos ha creado y se preocupa constantemente de lo nuestro. Unas veces porque damos gracias, otras porque ofrecemos algo, otras porque pedimos por alguna necesidad, a veces porque pedimos perdón...

También nos decía San Josemaría:

La gente tiene una visión plana, pegada a la tierra, de dos dimensiones. –Cuando vivas vida sobrenatural obtendrás de Dios la tercera dimensión: la altura, y, con ella, el relieve, el peso y el volumen.

Y seguro que, como en todo, la Virgen nos sirve de modelo y de ayuda. Pídelas que te animen a tener una conversación frecuente con Jesús, que sigas las inspiraciones del Espíritu Santo en tu alma, como Ella, para poder vivir como una buena hija de Dios.